

# LA ALARGADA SOMBRA DE DELIBES SOBRE LA ESPAÑA VACÍA

De la novela rural  
al neorruralismo del siglo XXI

*Edición de*  
TERESA GÓMEZ TRUEBA

CÁTEDRA MIGUEL DELIBES  
VALLADOLID — NUEVA YORK  
2022

© de la coordinación, edición y selección de los estudios

Teresa Gómez Trueba

© de los estudios

Ramón Buckley, Arturo Escudero Bustio, Jorge Urdiales Yuste, Violeta Cárdenas Hernández,  
José Luis Calvo Carilla, Raquel de la Varga Llamazares, Claudio Moyano Arellano,  
Rosa María Díez Cobo, Raquel Crespo Vila, Pilar Adón, Pilar Fraile, Enrique Llamas

© de la presente edición

Cátedra Miguel Delibes  
Facultad de Filosofía y Letras  
Prado de la Magdalena, s/n  
47011 Valladolid

ISBN 978-84-1320-193-1

D.L. VA 313-2022

Gráficas Maxtor

Fray Luis de León, 20. 47002 Valladolid

983 090 110

[www.maxtor.es](http://www.maxtor.es)

Todos los trabajos incluidos en el presente volumen han sido sometidos a una revisión por pares a doble ciego.

## ÍNDICE

### *Introducción:* TERESA GÓMEZ TRUEBA

- Desmontando algunos sobreentendidos en torno al neorruralismo y la novela . . . . . 7

### DEL CAMPO A LA CIUDAD: MIGUEL DELIBES Y LA NOVELA RURAL

#### RAMÓN BUCKLEY

- Miguel Delibes y Sergio del Molino: la forja de dos rebeldes . . . . . 25

#### ARTURO ESCUDERO BUSTIO

- El pueblo en la cara: del campo a la ciudad en las novelas de Miguel Delibes . . . . . 31

#### JORGE URDIALES YUSTE

- El lenguaje rural de Delibes: una riqueza del español . . . . . 43

#### VIOLETA CÁRDENAS HERNÁNDEZ

- El escrutinio del silencio en la narrativa rural de Delibes . . . . . 57

### DE LA CIUDAD AL CAMPO: NEORRURALISMO EN LA NOVELA DEL SIGLO XXI

#### JOSÉ LUIS CALVO CARILLA

- La novela idilio como una de las tendencias de la narrativa de hoy . . . . 67

#### RAQUEL DE LA VARGA LLAMAZARES

- Ecos delibesianos de *Las ratas* (1962) en *Los asquerosos* (2018), de Santiago Lorenzo . . . . . 83

#### CLAUDIO MOYANO ARELLANO

- Entre el artificio y el compromiso: la novela neorrural española actual . . 97

#### ROSA MARÍA DÍEZ COBO

- Revelando la dignidad humana en lo rural: *Las Inviernas*, de Cristina Sánchez-Andrade, y *O que arde*, de Oliver Laxe. . . . . 119

#### RAQUEL CRESPO VILA

- Soledad, precariedad y resistencia: el medio rural en *La forastera*, de Olga Merino, y *Un amor*, de Sara Mesa. . . . . 139

## EL TESTIMONIO DE LOS CREADORES

PILAR ADÓN	
En tierra de nadie .....	157
PILAR FRAILE	
Ficción y compromiso: la sombra de Delibes en la narrativa contemporánea .....	171
ENRIQUE LLAMAS	
El camino de vuelta al progreso .....	185

INTRODUCCIÓN:  
DESMONTANDO ALGUNOS SOBREENTENDIDOS  
EN TORNO AL NEORRURALISMO Y LA NOVELA

TERESA GÓMEZ TRUEBA  
*Universidad de Valladolid*

Comenzaré reproduciendo dos fragmentos extraídos respectivamente de las novelas *El camino* (1950), de Miguel Delibes, e *Intemperie* (2013), de Jesús Carrasco, ambas bien conocidas y, sin duda, especialmente emblemáticas en relación al tratamiento de lo rural y la naturaleza en la novela española de los siglos XX y XXI.

El valle... Aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. Bien mirado, significaba todo para él. En el valle había nacido y, en once años, jamás franqueó la cadena de altas montañas que lo circuían. Ni experimentó la necesidad de hacerlo siquiera. [...] En primavera y verano, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse, al caer la tarde, en cualquier leve prominencia y desde allí contemplaban, agobiados por una unción casi religiosa, la lánguida e ininterrumpida vitalidad del valle. [...] Le gustaba al Mochuelo sentir sobre sí la quietud serena y reposada del valle, contemplar el conglomerado de prados, divididos en parcelas y salpicados de caseríos dispersos. Y, de vez en cuando, las manchas oscuras y espesas de los bosques de castaños o la tonalidad clara y mate de las aglomeraciones de eucaliptos. A lo lejos, por todas partes, las montañas, que, según la estación y el clima, alteraban su textura, pasando de una extraña ingravidez vegetal a una solidez densa, mineral y plomiza en los días oscuros.

Al Mochuelo le agradaba aquello más que nada, quizá, también, porque no conocía otra cosa. Le agradaba constatar el paralizado estupor de los campos y el verdor frenético del valle y las rachas de ruido y velocidad que la civilización enviaba de cuando en vez, con una exactitud casi cronométrica (Delibes, 2010: 20-21).

Muchos años después, Jesús Carrasco escribió también una novela que girará en torno a la relación de un niño con la tierra, pero lo hará en términos bien distintos:

Se sentó al lado del lecho del viejo y, con los codos sobre las rodillas, se tapó la cara y comenzó a llorar. La escapada infantil, el sol abrasador, el llano incapaz de inclinarse a su favor. Sintió la inmutabilidad de lo que le rodeaba, la misma calidad inerte en todo cuanto podía tocar o ver y, por primera vez desde que inició su huida, tuvo miedo de morir. Le estremecía la posibilidad de seguir su camino solo y, como un fogonazo rojizo, se le aparecieron las siluetas de su casa, al borde la vía del tren, y del silo. Regresar por decisión propia. Abandonar su desesperante lucha contra la naturaleza y los hombres y regresar a la casa. No al hogar, sino al simple cobijo. Volver en peores condiciones de las que tenía antes de partir. No era el hijo pródigo. Era él quien había repudiado a su familia y quien debía enfrentarse a su veredicto. Pensaba así porque el llano le había erosionado de una manera que ni tan siquiera concebía cuando vivía bajo techo. Le agotaba el desamparo y, en momentos como aquel, hubiera cambiado lo máspreciado de su ser por un rato de calma o por satisfacer sus necesidades más básicas de una forma tranquila y natural. Protegerse del sol, arrancarle a la tierra cada gota de agua, autolesionarse, deshacer su propio cautiverio (Carrasco, 2013: 158-159).

*El camino* pasa por ser la primera y decisiva incursión de Delibes en la narrativa de ambientación rural y esa reivindicación del necesario arraigo del hombre con su tierra sobre el que tanto profundizó después, plasmándolo de manera muy significativa en su conocido discurso de entrada en la Real Academia Española (Delibes, 1975). *Intemperie* tuvo un éxito extraordinario, tanto dentro como fuera de España, y, a decir de algunos críticos, parte del mismo parecía deberse al mérito por parte del novel Carrasco de haber sabido revitalizar (no solo a nivel temático, sino también léxico), en plena época de la globalización, aquella vieja tradición de narrativa rural que tantos éxitos había cosechado en España durante el Franquismo. Y, en este sentido, no faltaron los críticos que rápidamente calificaron a Carrasco como un digno heredero de la mejor tradición delibeseana (Riaño, 2013).

Fue sobre todo a partir de la publicación y la extraordinaria repercusión de la novela de Carrasco cuando en España comienza a hablarse de “neorruralismo” (Mora, 2018), para referirse a una supuesta nueva corriente de nuestra novela, a la que cada vez se iban incorporando más adeptos entre los escritores y los propios lectores. Así, cuando se hablaba de novela “neorrural”,

a *Intemperie* (que, como luego veremos, no es una novela rural en sentido estricto) se le iban sumando otros títulos que legitimaban la existencia de esa nueva estética: *Belfondo* (2011) de Jenn Díaz, *El niño que robó el caballo de Atila* (2013) de Iván Repila, *Por si se va la luz* (2013) de Lara Moreno, *Alabanza* (2014) de Alberto Olmos, *Las inviernas* (2014) de Cristina Sánchez-Andrade, *Las efímeras* (2015) de Pilar Adón, *Ventajas de la vida en el campo* (2018) de Pilar Fraile, *Los asquerosos* (2018) de Santiago Lorenzo, *Los comedores de tierra* (2018) de Ángel Vallecillo, *Los Caín* (2018) de Enrique Llamas, *La forastera* (2020) de Olga Merino o *Un amor* (2020) de Sara Mesa, son solo algunos de ellos.

La historiografía literaria ha construido, por tanto, un relato tan convincente como alentador para todos aquellos que se preocupan por la inminente ruina de nuestro planeta ante nuestra flagrante falta de conciencia ecológica. No en vano, la llamada novela neorrural en numerosas ocasiones es concebida como un subgénero temático de ese otro fenómeno más amplio irrumpido a comienzo del siglo XXI, que ha venido a denominarse “literatura de la crisis” (Champeau, 2019: 33), y que respondería a una estética comprometida con la denuncia de un proceso imparable de deshumanización y de desarraigo, consecuencia de la globalización e hipertecnologización del mundo.

Tras el ruralismo característico de tantas novelas de la dictadura franquista, la irrupción de una oleada de neorruralismo en pleno siglo XXI, debida a una nómina de escritores mayoritariamente jóvenes y de procedencia urbana, pero aparentemente necesitados de retornar a las raíces, no podía por más que ser recibida de forma esperanzada. Sobre todo, si pensamos que esa recuperación se producía tras tantos años de olvido y abandono del campo español, no sólo por parte de nuestros políticos, sino también de nuestra novela (salvo raras excepciones, como la de Julio Llamazares y su *Lluvia amarilla* (1988) o la de otros conocidos escritores del llamado grupo leonés). En definitiva, la reciente novela neorrural parecía, a ojos de muchos críticos y lectores, ser un intento de recuperar ese arraigo del hombre con su tierra, que tanto reivindicó Delibes, y que la globalización había venido a arrebatarnos.

Asimismo, este relato ha venido a coincidir en el tiempo con la publicación del popular ensayo de Sergio del Molino *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue* (2016), convertido en el gran catalizador de un debate político y social acerca del lamentable estado de abandono y olvido de gran parte del territorio español. La utilización política y propagandística del afortunado sintagma de Sergio del Molino se tradujo rápidamente en su

reemplazo por parte de los medios por el de “la España vaciada”, del que se infiere un culpable tras el denostado abandono de las zonas rurales. Pero esa apropiación propagandística del ensayo de Sergio del Molino no está exenta de un proceso de tergiversación de la verdadera reflexión vertida por aquel en su obra. Dicha manipulación ha llevado al autor a la reciente publicación del libro *Contra la España vacía* (Molino, 2021), donde naturalmente no se propone refutar o corregir su libro anterior, sino, en un ejercicio de extraordinaria lucidez intelectual, “rascar todas las capas de sobreentendidos que se le han ido pegando al sintagma del título” (Molino, 2021: 24).

Salvando todas las distancias, lo que me propongo en esta introducción es también rascar lo que a mi entender son capas de “sobreentendidos” que se le han ido pegando a esa llamada novela neorrural del siglo XXI. Interpretar ese retorno al campo o a la aldea rural alejada de las grandes urbes, que tantas novelas ha protagonizado durante la última década, como una exitosa y feliz recuperación, por parte de las nuevas generaciones, de todo aquello que nos arrebató la era de la globalización, encierra, a mi modo de ver, una complaciente versión de un fenómeno social y, sobre todo, cultural de mucha mayor complejidad. Pero, para ello, volvamos al comienzo y observemos ahora con más atención las evidentes diferencias que encontramos en los dos fragmentos arriba reproducidos y que seguramente a ningún lector le hayan pasado por alto.

El personaje de Delibes, Daniel, El Mochuelo, es instado a abandonar su hogar, la vida apacible en su aldea, para trasladarse a la ciudad. Ante este imperativo de los nuevos tiempos, en aras de un prometido y utópico progreso, el joven se resiste a perder su apacible vida en el valle, todo aquello que le ata a la tierra y a su propia esencia. Daniel es alguien que siente y disfruta del arraigo con una naturaleza (la propia, la conocida desde su nacimiento) cuya contemplación le lleva a sentir una “unción casi religiosa”. Ser arrancado del valle en el que ha nacido y ha transcurrido toda su vida es, en definitiva, una agresión traumática; agresión que retomará el propio Delibes con mayor ahínco y mayor conciencia y compromiso ecológico y social en varias de sus obras posteriores —*Diario de un cazador* (1955), *Las ratas* (1962), *El disputado voto del señor Cayo* (1978), *Los santos inocentes* (1981)...—.

Pero bien distinta es la situación narrada en *Intemperie*. El niño que protagoniza la celebrada novela de Carrasco también es obligado, aunque por muy distintas circunstancias, a abandonar su lugar de origen, la pequeña aldea en la que ha transcurrido toda su vida. Pero, en este caso, el viaje

se produce en una dirección opuesta. En realidad, el niño está escapando de la civilización (aunque aquí esté representada por una aldea donde se cometen impunemente actos terribles), su natural sitio de arraigo, para lanzarse en desesperada huida hacia esa inmensa e inabarcable naturaleza que se extiende abismática más allá de su mundo conocido. Pero esa naturaleza, lejos de ser aquí reconfortante y acogedora (tal y como la percibía Daniel, el Mochuelo, y la describía Delibes), será sumamente hostil. Durante su desesperada huida hacia delante y hacia un futuro más que incierto, no cesará de padecer “la inmutabilidad de lo que le rodeaba, la misma calidad inerte en todo cuanto podía tocar o ver”. Su deambular por el desierto tendrá mucho de descenso a los infiernos, experiencia tanto o más traumática que la descrita por Delibes en *El camino*, cuando su protagonista es impelido a abandonar su aldea. Trayendo ahora a colación la vieja y popular terminología de Marc Augé (2000), si para Daniel, el Mochuelo, el “no lugar” estaría representado por la gran ciudad deshumanizada a la que un progreso implacable le obliga a dirigirse, en la novela de Carrasco, ese “no lugar” ha pasado a ser precisamente el otro: ese infinito desierto que se extiende allá donde ya no alcanza la vista desde la aldea. El “no lugar” es precisamente ahora la “intemperie” de una naturaleza inconmensurable e incognoscible para quien ha crecido arropado y “protegido” por la “civilización”, por muy cruel que esta pueda resultar en ocasiones.

Es quizás esa insalvable sensación de desamparo que encuentra el hombre civilizado cuando retorna a lo primigenio lo que, a mi modo de ver con más acierto, ha llevado a otros críticos a relacionar la novela de Carrasco con la famosa e influyente novela del escritor estadounidense Cormac McCarthy *La carretera* (2006) (Navarro Martínez, 2019), ubicándola así en la estela de la ficción contemporánea postapocalíptica (Mora, 2013). Al igual que la obra de McCarthy, creo que *Intemperie* de Carrasco nos remite más bien a un neorruralismo post-civilizatorio. Pues en ella (y esto es algo que la distancia consustancialmente de la narrativa rural de Delibes) es un forzado y trágico retorno a lo primigenio lo que se narra, y no una rememoración nostálgica del mismo. Más aún, el desolador campo que el protagonista de *Intemperie* atraviesa en su huida no siempre fue un desierto inhóspito: “Hubo un tiempo en que el llano era un mar de cereales. [...] Olas verdes y fragantes a la espera del sol de verano. El mismo que ahora hacía fermentar la arcilla y la rompía hasta convertirla en polvo” (Carrasco, 2013: 74). El niño y el viejo que le acompaña en su huida encontrarán desperdigados pueblos

abandonados, ruinas de viejas construcciones, huesos de animales... Así, el narrador nos advierte en *Intemperie* que el campo contiene “Vestigios de que alguien estuvo allí antes que ellos intentando arrancarle al llano algo que seguía guardando con celo. El castillo derruido era testigo” (Carrasco, 2013: 112). Se ha hablado incluso de una “ecología oscura” en relación con *Intemperie*, que ahonda en la negatividad del entorno, al contrastar con el espejismo de un paraíso perdido (Pérez Trujillo, 2017: 251). Hablamos de un desierto nacido tras muchos años de sequía, abandono, ruina y desolación: un desierto postapocalíptico, por tanto, hostil y extraño para el hombre que ose atravesarlo.

La primera y más obvia diferencia entre el ruralismo delibeseano y el neorruralismo del siglo XXI es que, como bien señala Cristina Saldaña (2020), el éxodo relatado se produce en sentido inverso en este último: de la civilización (sea esta representada por el pueblo o por la gran ciudad, lo mismo da) a la naturaleza. Ese viaje de vuelta a lo primigenio es el que vertebra el argumento de numerosas novelas de hoy: además de las ya citadas más arriba, también podríamos mencionar *Cenital* (2012), de Emilio Bueso, *El bosque es grande y profundo* (2013), de Manuel Darriba, *La tierra que pisamos* (2016) o *Llévame a casa* (2021), ambas también de Jesús Carrasco, *Piel de lobo* (2016), de la también ya mencionada Lara Moreno, *Días de euforia* (2020), la segunda novela de Pilar Fraile, etc. Los motivos que originan ese éxodo, en sentido contrario al que se produjo allá por los años 50 y 60 en España de manera masiva, serán de distinta naturaleza: huida de una civilización al borde del derrumbe o el total apocalipsis (*Cenital*, *El bosque es grande y profundo*, *Por si se va la luz...*), huida de una crisis creativa, íntima o personal que intenta ser reparada a través de un desesperado intento de reencontrarse a uno mismo en contacto con las propias raíces (*Alabanza*, *Piel de lobo...*), voluntaria búsqueda de soledad y aislamiento en una recóndita aldea semiabandonada ante los imperativos de un sistema de vida que se percibe como asfixiante e inhumano (*Los asquerosos*, *Un amor*, *Días de euforia...*), e, incluso, cruel e injustificada expulsión del seno de la civilización (*Intemperie*, *El niño que robó el caballo de Atila*), etc. Pero sean cual fueren esos motivos, de lo que no cabe duda es de que asistimos a un auténtico éxodo migratorio de la ciudad al campo en las páginas de nuestras novelas. Ese éxodo literario se ha convertido también, a decir de algunos críticos, en un fiel reflejo de lo que supuestamente está a la vez pasando actualmente en nuestro país. Es decir, el retorno a la vida en el campo que muchos ciudada-

nos habrían emprendido en la vida real, aparentemente incrementado como consecuencia de la crisis sanitaria del Covid-19 y los obligados confinamientos, tendría así su correlato y fiel reflejo en la literatura.

Ahora bien, a falta de exactos datos demográficos que avalen ese supuesto éxodo contemporáneo por parte de las generaciones más jóvenes a las zonas rurales, me permito mostrar mi escepticismo acerca de que el fenómeno de la vuelta al campo en la actualidad suponga un auténtico movimiento migratorio, y mucho menos comparable al que en sentido inverso se produjo durante el Franquismo, desde los pueblos hacia las ciudades. El propio Sergio del Molino en *Contra la España vacía* pone en cuestión esa extendida creencia actual, tan propagada por los medios (Saldaña, 2020), de que el éxodo rural se va a revertir y la España vacía va a ser finalmente repoblada “con millones de ciudadanos que están ya huyendo de las metrópolis apestadas, decididos a construirse una cabaña en el bosque” (Molino, 2021: 27). Como bien nos advierte este autor, lo cierto es que a fecha de hoy “no hay una sola cifra que justifique el optimismo por la vuelta al campo” (Molino, 2021: 177).

Más aún, la tesis defendida en su nuevo libro, y que no puedo más que compartir, tiene que ver con el convencimiento de que esa anhelada y mitificada vuelta a la naturaleza, ese vivir “a lo Thoreau” (que parece ser el motivo inspirador de tantos argumentos literarios y quizás no tantos proyectos reales para dar inicio a una nueva vida rural), tan popular y mediático en nuestros días, lejos de representar el logro de una utopía tantos años soñada, supondría el mayor de los fracasos para el hombre civilizado: “Si al final nos vemos forzados a abandonar las ciudades, no deberíamos irnos silbando y felices, saludando al hermano jilguero y al hermano jabalí, sino cabizbajos y de luto, arrasados por la tragedia” (Molino, 2021: 144). En su opinión, un abandono de las ciudades, de nuestras consolidadas formas de vida en torno a las urbes, con el que hoy en día sueñan muchos movimientos sociales y políticos, solo sería concebible tras el definitivo colapso de la civilización, lo que en ningún caso debería ser motivo para nuestra algarabía.

No me resisto tampoco a señalar las profundas y obvias diferencias que existen entre vivir en el campo de lo que con su esfuerzo extraían de la tierra y la propia naturaleza nuestros abuelos e instalarse en una confortable urbanización de chalets adosados, levantada en lo que antaño fuera un terreno baldío y despoblado, pero bien provisto ahora de un centro comercial cercano en el que poder satisfacer todo tipo de necesidades. Cuestión esta

tratada, entre otros, con magnífico humor por parte de Santiago Lorenzo en *Los asquerosos*, cuyo Robinson de la España vacía no sobrevive con los frutos de la tierra, sino gracias a los pedidos que puntualmente le llegan de la cadena de supermercados Lidl. Los protagonistas de *Por si se va la luz* huyen de la ciudad para dar comienzo a una nueva vida en una recóndita aldea semiabandonada, pero no se nos debería pasar por alto que ha sido una misteriosa organización la que ha gestionado la repoblación de esas zonas rurales despobladas. Es decir, la salida del sistema ha sido gestionada (y pervertida) por parte del mismo sistema del que se intenta escapar. He ahí una de las mayores contradicciones del presente y sobre la que muchas lúcidas novelas de nuestros días nos hacen tomar conciencia.

No quisiera olvidarme, en cualquier caso, de que el temor que infunde la imposibilidad de escape y huida de una ciudad o civilización que se extiende en movimiento imparable hasta los últimos y más recónditos rincones del planeta, sin dejar ya ángulo muerto alguno capaz de ocultarse del foco de la cámara del aterrador panóptico digital, no es tan reciente como cabría suponer. Releamos a Italo Calvino y su sobrecogedor libro *Las ciudades invisibles* (1972), donde el escritor italiano se preguntaba: “fuera de la ciudad, ¿existe un fuera? ¿O por más que te alejes de la ciudad no haces sino pasar de un limbo a otro y no consigues salir de ella?” (Calvino, 2004: 165). Medio siglo después, Sergio del Monino viene a reafirmar esta sospecha cuando afirma: “Basta un paseo por el campo para comprobar que no hay brechas entre lo que está fuera de las ciudades y las ciudades mismas” (Molino, 2021: 148). Asimismo, unos pocos años después de que Delibes escribiera su discurso de ingreso en la Academia (1975), en una conferencia pronunciada en 1983, Calvino se hacía eco de la gran preocupación que asolaba al planeta, ya por entonces, por la destrucción del entorno natural, como consecuencia de la fragilidad de los complejos sistemas tecnológicos que subyacen en el funcionamiento de las grandes metrópolis, capaces de producir, al mínimo fallo de su sofisticado sistema de funcionamiento, grandes perjuicios en cadena: “La crisis de la ciudad demasiado grande —profetizaba Calvino casi dos décadas antes de que terminara el siglo XX— es la otra cara de la crisis de la naturaleza” (Calvino, 2004: 15).

En consonancia con estas ideas, personalmente encuentro los ejemplos más interesantes del panorama narrativo del neorruralismo actual entre aquellos que relatan la enorme y traumática dificultad que entraña ese viaje de vuelta al que nos referíamos más arriba. Y, cuando hablo de dificultad, no

me estoy refiriendo, o no lo hago solamente, a la hostilidad de un medio rural con la que ha de enfrentarse el desvalido urbanita, desconocedor de los secretos de la auténtica vida en el campo. Frente a los seres primitivos poseedores de un saber milenario y un conocimiento profundo de la naturaleza (buen ejemplo de estos sería el pastor que acompaña al niño en *Intemperie*), que a su vez pone de manifiesto una riqueza léxica ininteligible para el forastero, no han faltado las obras que enfatizan la infranqueable dificultad para formar parte de ese mundo, anhelado pero inaccesible. Es cierto que encontramos interesantes novelas (*Los Caín*, de Enrique Llamas, sería un buen ejemplo) que aciertan al rebatir los tópicos del *locus amoenus* y del *beatus ille*, a partir de la descarnada descripción de unas condiciones de vida durísimas (Champeau, 2019: 20). Pero tampoco faltan los relatos literarios y televisivos que tan solo nos ofrecen la manida parodia del prepotente e impostado hípster que no es capaz de apañárselas en el entorno rural. Tales relatos resultan, en mi opinión, una insulsa revancha respecto a aquel otro tópico que el cine del Franquismo explotó hasta la saciedad: la del cateto de pueblo que llegaba a Madrid para convertirse en blanco de todas las burlas.

Pero, insisto, no me estoy refiriendo a ese tipo de dificultad, sino a otra que me resulta mucho más sobrecogedora y que creo entrever en las páginas de novelas como *Por si se va la luz*, *Alabanza*, *Las efímeras*, *Las ventajas de la vida en el campo*, *Los asquerosos* o *Un amor*, entre otros títulos: la traumática toma de conciencia de la irrecuperabilidad de la tierra y la naturaleza. Y cuando hablo de pérdida de la naturaleza no lo hago tampoco en términos ecológicos (como hacía Delibes): esa pérdida a la que hago referencia no depende solo de los desastres medioambientales que nuestra innata irresponsabilidad ha venido ocasionando, sino de la absorción del propio concepto de la “naturaleza” por un sistema que todo lo engulle. De lo que hablo, en definitiva, es de la constatación de que nuestra experiencia con el pueblo, con la España vacía, con la tierra, al fin y al cabo, ha adquirido un inevitable sesgo de simulacro, de excursión de turismo rural.

Manifiesta Pilar Adón en el texto que a modo de poética personal ha escrito para este libro, “En tierra de nadie”, que el espacio natural en el que desea ubicar a sus personajes, siempre marcados en su inconfundible mundo narrativo por una inapelable necesidad de huida y de búsqueda de libertad en la vida aislada en la naturaleza, no ha de ser “el de postal ni el de casa rural”. El deseo expresado por Adón parece surgir de la constatación de que el campo es ya para nosotros, que hemos crecido en la ciudad y nunca hemos

tratada, entre otros, con magnífico humor por parte de Santiago Lorenzo en *Los asquerosos*, cuyo Robinson de la España vacía no sobrevive con los frutos de la tierra, sino gracias a los pedidos que puntualmente le llegan de la cadena de supermercados Lidl. Los protagonistas de *Por si se va la luz* huyen de la ciudad para dar comienzo a una nueva vida en una recóndita aldea semiabandonada, pero no se nos debería pasar por alto que ha sido una misteriosa organización la que ha gestionado la repoblación de esas zonas rurales despobladas. Es decir, la salida del sistema ha sido gestionada (y pervertida) por parte del mismo sistema del que se intenta escapar. He ahí una de las mayores contradicciones del presente y sobre la que muchas lúcidas novelas de nuestros días nos hacen tomar conciencia.

No quisiera olvidarme, en cualquier caso, de que el temor que infunde la imposibilidad de escape y huida de una ciudad o civilización que se extiende en movimiento imparable hasta los últimos y más recónditos rincones del planeta, sin dejar ya ángulo muerto alguno capaz de ocultarse del foco de la cámara del aterrador panóptico digital, no es tan reciente como cabría suponer. Releamos a Italo Calvino y su sobrecogedor libro *Las ciudades invisibles* (1972), donde el escritor italiano se preguntaba: “fuera de la ciudad, ¿existe un fuera? ¿O por más que te alejes de la ciudad no haces sino pasar de un limbo a otro y no consigues salir de ella?” (Calvino, 2004: 165). Medio siglo después, Sergio del Monino viene a reafirmar esta sospecha cuando afirma: “Basta un paseo por el campo para comprobar que no hay brechas entre lo que está fuera de las ciudades y las ciudades mismas” (Molino, 2021: 148). Asimismo, unos pocos años después de que Delibes escribiera su discurso de ingreso en la Academia (1975), en una conferencia pronunciada en 1983, Calvino se hacía eco de la gran preocupación que asolaba al planeta, ya por entonces, por la destrucción del entorno natural, como consecuencia de la fragilidad de los complejos sistemas tecnológicos que subyacen en el funcionamiento de las grandes metrópolis, capaces de producir, al mínimo fallo de su sofisticado sistema de funcionamiento, grandes perjuicios en cadena: “La crisis de la ciudad demasiado grande —profetizaba Calvino casi dos décadas antes de que terminara el siglo XX— es la otra cara de la crisis de la naturaleza” (Calvino, 2004: 15).

En consonancia con estas ideas, personalmente encuentro los ejemplos más interesantes del panorama narrativo del neorruralismo actual entre aquellos que relatan la enorme y traumática dificultad que entraña ese viaje de vuelta al que nos referíamos más arriba. Y, cuando hablo de dificultad, no

El urbano que deviene eremita y se construye una cabaña con un huerto y un corral se ve a sí mismo como un *Homo sapiens* deconstruido, desprendido de la carcasa civilizatoria y renacido en una esencia armónica. Por modesta y anacoreta que se plantee, esa vida campesina sigue estando tan lejos de los cazadores-recolectores como el dandi urbano que se acoda en la barra de una coctelería (Molino, 2021: 147).

Llegados a este punto, deberíamos de preguntarnos: ¿dónde hallaríamos entonces exactamente la huella de Delibes? ¿La larga sombra de Delibes se cierne todavía sobre los jóvenes novelistas de hoy? Creo que sí. Pero, más allá de algunos nostálgicos intentos de perpetuar y ennoblecer la riqueza léxica del español de ámbito rural, creo que fundamentalmente lo hace en relación a la constatación de que esa pérdida de la naturaleza a la que corríamos abocados, y de la que en 1975 nos quería alertar Delibes, se ha producido por fin y, quizás, ya de modo irremediable. Y, en ese sentido, no me parece baladí que muchos de los más lúcidos escritores de nuestros días contemplen la vastedad de la España vacía, las míticas y “literarias” tierras de Castilla, bajo el cinematográfico filtro de una estética de distopía postapocalíptica. El espacio rural adquiere en muchas ficciones recientes la categoría de campo de batalla en el que se enfrentarán dos *modus vivendi* muy diferentes. Pero la muerte de uno (el de la auténtica vida en el campo) se convierte en reflejo o premonición de la inminente amenaza que se cierne sobre el otro.

Mientras que los relatos factuales tienden a elogiar la hermosura de los paisajes que tienen a veces el sabor de la infancia y dan lugar a descripciones cuidadas con toques líricos, domina en las ficciones una representación trágica del paisaje que privilegia los motivos descriptivos de la sequía, el cementerio y el bosque, símbolos de un mundo desprovisto de perspectiva, que contribuyen a conferir al espacio rural un cariz apocalíptico. Apocalipsis no designa en este caso, como en el judaísmo y el cristianismo, la revelación profética de la inminencia de un mundo nuevo. En un tiempo de crisis, y conformemente a un uso contemporáneo del término que bien ilustra, por ejemplo, la novela de ciencia ficción de Cormac McCarthy *La carretera* (2006), solo remite a un horizonte de destrucción que invierte la concepción moderna del tiempo orientada hacia el futuro. La muerte de una cultura rural tradicional se vuelve metáfora de una catástrofe global por venir (Champeau, 2019: 22-23).

Ahora bien, a mi modo ver, esta visión trágica y apocalíptica de un campo devastado no le resta fotogenia al paisaje. Y esa fotogenia o estetiza-

ción de la propia devastación e irremediable pérdida de “lo natural” (sea esto lo que sea) de nuevo nos acerca a Delibes. En su ensayo “El camino de vuelta al progreso”, Enrique Llamas nos recuerda aquella magnífica colección titulada “Palabra e Imagen”, creada por la editorial Lumen en los años 60, en la que algunos prestigiosos escritores publicaron sus obras acompañadas de fotografías de autor. Fue este el caso de *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964) de Miguel Delibes, editado junto a unas magníficas fotografías de Ramón Masats (Panero García, 2020). El proyecto de esta colección surgía de un moderno planteamiento de intermedialidad o hibridismo en el que las fotografías, más que ilustrar a los textos, deberían de mantener un diálogo con ellos. A pesar de la decadencia, ruina y desolación que aquellas palabras e imágenes hermanadas querían transmitir (la de un mundo rural en pleno proceso de abandono), lo cierto es que han quedado clavadas en nuestra retina conformando un imaginario de innegable belleza. Más de medio siglo después de la publicación de esta obra, el inusitado atractivo de las ruinas de un mundo en descomposición sigue manteniendo intacta su original fotogenia, inspirando a infinidad de creaciones estéticas y literarias de nuestros días.

#### SOBRE ESTE LIBRO

Este libro colectivo surge en parte del interés de la Cátedra Miguel Delibes por homenajear al gran escritor vallisolenato en su centenario. Pero, sobre todo, por nuestra curiosidad acerca de su perdurabilidad, de su presencia mayor o menor sobre una generación de escritores que creció leyendo a Delibes en el colegio. Decía Sergio del Molino en *La España vacía* que durante muchos años “nombres como Delibes, Torrente Ballester o Cela [...] tenían el sambenito de carpetovetónicos, antiguos, rurales y pueblerinos. Formaban parte de un país extinto al que nadie quería regresar” (Molino, 2016: 250). Creo que precisamente el gran éxito obtenido por su mismo ensayo ha contribuido enormemente a cambiar esa situación. La gran repercusión mediática de esta obra atrajo la mirada de muchos escritores jóvenes sobre esa España vacía, bien, como sostiene el crítico, como “construcción cultural” a la que tanto contribuyó, tras la generación del 98, la misma prosa de Delibes, bien como espacio real al que retornar. Nuestro objetivo con este libro es calibrar la distancia que media entre la herencia del maestro y la corriente de novela rural en nuestro siglo. Es por ello que lo hemos dividido en tres partes. La primera, titulada “Del campo a la ciudad: Miguel Delibes y la novela rural”

y dedicada íntegramente al estudio de la narrativa rural de Delibes, se abre con un ensayo titulado “Miguel Delibes, Sergio del Molino: la forja de dos rebeldes”, a cargo de Ramón Buckley, quien resalta y compara la lucha de ambos escritores por alumbrar aquello que a menudo permanece oculto y descubrimos una España insólita. A continuación, Arturo Escudero Bustos nos hace un esclarecedor recorrido por las distintas novelas de Delibes en las que la temática rural estuvo más presente. Jorge Urdiales Yuste continúa en su ensayo ese ahondamiento en lo rural como tema predilecto de la narrativa delibeseana, pero poniendo el acento en la riqueza léxica de su prosa como el mejor instrumento para dar voz a una España silenciada. Violeta Cárdenas Hernández profundiza, en cambio, en la contraparte del lenguaje rural como medio expresivo, dedicando su trabajo precisamente al magistral uso que Delibes hacía de los silencios y las elipsis, como eficaz forma de representación literaria de un colectivo impunemente arrinconado en aras del progreso.

La segunda parte del libro, que lleva por título “De la ciudad al campo: neorruralismo en la novela del siglo XXI”, está dedicada a la novela reciente de ambientación rural y se propone poner el acento en la presumible herencia de Delibes en la misma. Pero no podríamos tratar este asunto sin antes tomar conciencia de que nos enfrentamos a un muy nutrido panorama de narrativa neorrural en el siglo XXI, ante el que resultaría peligroso caer en generalizaciones precipitadas; o, al menos, no deberíamos hacerlo de momento, cuando estamos hablando de una temática que a día de hoy no cesa de inspirar nuevos títulos que se acumulan en las mesas de las novedades editoriales. No se nos escapa que, entre la gran cantidad de novelas publicadas en las dos últimas décadas que vienen recibiendo la etiqueta de lo “neorrural”, encontramos muchas que abogan por una reivindicación de la ejemplaridad de la vida en el campo y el mundo rural tradicional, frente a otras tantas que, revertiendo el tópico clásico (y en ese sentido resultan significativos los irónicos títulos de las novelas de Alberto Olmos y Pilar Fraile: *Alabanza* y *Ventajas de la vida en el campo*, respectivamente), rehúyen la manida idealización. En este sentido, especialmente útil resulta la propuesta de una tipología por parte de José Luis Calvo Carilla en su capítulo de lo que, partiendo de la tradición clásica (virgiliana y horaciana), él prefiere denominar “novela idilio”. Raquel de la Varga Llamazares retorna a Delibes, pero ahora con la intención de señalar la deuda y la distancia que existe entre su obra y una muestra reciente de narrativa rural como es la exitosa *Los asquerosos* de Santiago Lorenzo. Por su parte, Rosa María Díez Cobo prefiere la expresión de “nuevas

ruralidades” a la más connotada de “neoruralismo”, tomando también conciencia de que ese apogeo de la vuelta a la tierra (quizás, como señalábamos arriba, más literario que real) ofrece muchos y complejos matices y parte de diversas y muy distintas motivaciones estéticas e ideológicas. Raquel Crespo Vila, consciente también de la distancia que media entre el ruralismo de Delibes y los retornos a lo rural relatados por algunas escritoras de hoy, relaciona las obras de estas últimas con el marbete más abarcador de la “novela de crisis”, en las que la huida desde la ciudad hacia el pueblo es fruto de una crisis emocional y/o social padecida por sus protagonistas, pero en la que “lo rural” propiamente dicho ocupa la función de motivo, antes que de verdadero tema sobre el que gire la propia obra. También, en este sentido, nos resulta sumamente oportuno el intento de Claudio Moyano Arellano de distinguir el “artificio”, una vuelta a la tierra fruto de la impostura o del postureo, de un auténtico compromiso con la naturaleza que sí pudiéramos relacionar, ya sin reparos, con la herencia de Delibes y sus precursoras preocupaciones ecológicas. Tras los ensayos académicos que publicamos en ambas partes, quisimos dar voz también a los creadores que participaron en las Jornadas organizadas por la Cátedra, de tal manera que nuestro libro se cierra con una última sección en las que se publican los textos, cargados de declaraciones estéticas, de los escritores Pilar Adón, Pilar Fraile y Enrique Llamas.

Asumiendo entonces la complejidad del tema al que nos enfrentamos, con este libro colectivo queremos traer algo de luz sobre un debate tan apasionante como actual, que no sólo subyace en las páginas de tantas novelas recientes, sino que suscita cada día infinidad de artículos en prensa y redes sociales y que, a tenor de los inesperados y terribles acontecimientos que últimamente nos asolan, presumiblemente lo va a seguir haciendo durante una buena temporada.

Nunca como en la fecha en la que escribo esta introducción se hizo tan acuciante y urgente la posibilidad de hallar un “lugar seguro” en el que encontrar refugio. Es este precisamente el título de la última novela de Isaac Rosa (2022), recién llegada a las librerías, y cuya ilustración de portada no podría resultar más emblemática respecto al asunto que tratamos: una familia de felices excursionistas parecen almorzar alegres y despreocupados sobre un idílico prado a orillas del río; desde su apacible entorno contemplan sonrientes el “espectáculo” que tiene lugar en la otra orilla: una ciudad devastada por un gigantesco hongo atómico.

## BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, Marc (2000), *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa.
- CALVINO, Italo (2004), *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela.
- CARRASCO, Jesús (2013), *Intemperie*, Barcelona, Seix Barral.
- CHAMPEAU, Geneviève (2019), “La novela neorrural actual entre distopía y retro-utopía”, en Xavier Escudero (ed.), *HispanismeS: L'«Espagne vide»*, 11, pp. 16-34.
- DELIBES, Miguel (1975), *El sentido del progreso desde mi obra*, Madrid, Real Academia Española.
- (2010), *El camino*, ed. de Marisa Sotelo, Barcelona, Destino.
- y Ramón Masats (1964), *Viejas historias de Castilla la Vieja*, Barcelona, Lumen (Col. “Palabra e Imagen”).
- MORA, Vicente Luis (2013), “Reseña de Manuel Darriba, *El bosque es grande y profundo*; Caballo de Troya, Madrid, 2013”, *Diario de lecturas*, 31 de octubre, en <http://vicenteluismora.blogspot.com/2013/10/dos-destrucciones-creativas.html> (fecha de consulta: 01/10/2021).
- (2018), “Líneas de fuga neorrurales de la literatura española contemporánea”, *Tropelías*, 4 (extraordinario), pp. 198-221.
- MOLINO, Sergio del (2016), *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner.
- (2021), *Contra la España vacía*, Madrid, Alfaguara.
- NAVARRO MARTÍNEZ, David (2019), “El viaje a través del espacio: estudio comparado de *The Road* (Cormac McCarthy, 2006) e *Intemperie* (Jesús Carrasco, 2013)”, en *La aventura de viajar y sus representaciones literarias y artísticas* (coord. por Elios Mendieta, Marta Iturmendi y Óscar Fernández Poiza), Santiago de Compostela, Andavira, pp. 389-400.
- PANERO GARCÍA, M.<sup>a</sup> Pilar (2020), “Miguel Delibes y Ramón Masats: abandono rural y documentalismo etnográfico”, *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, 18 (2020), pp. 79-99.
- PÉREZ TRUJILLO, Axel (2017), “Galgos en el llano: La ecología oscura del campo en *Intemperie* de Jesús Carrasco”, *Letras Hispánicas*, 13, pp. 244-254.
- RIANO, Peio H. (2013), “Un Delibes a la americana que arrasa con su primera novela antes de publicarla”, *El Confidencial* (21/01), en [https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-01-21/un-delibes-a-la-americana-que-arrasa-con-su-primer-novela-antes-de-publicarla\\_496592/](https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-01-21/un-delibes-a-la-americana-que-arrasa-con-su-primer-novela-antes-de-publicarla_496592/) (fecha de consulta: 15/12/2021).
- ROSA, Isaac (2022), *Lugar seguro*, Barcelona, Seix Barral.
- SALDAÑA, Cristina (2020), “El éxodo al revés: de la ciudad al campo”, *El País*, 02/08, en: <https://bit.ly/3IYuywM> (fecha de consulta: 16/12/21).